

despues en Theresienstadt en Hungría. Allí pasó seis años cautivo hasta que por mediación del emperador Alejandro, su antiguo protector, recobró en 1827 su libertad, de la cual disfrutó poco, porque al año siguiente, en 1.º de agosto, murió en Viena.

La sublevación que había tenido origen en los principados danubianos fué ahogada por los turcos en sangre, y el heroísmo de los patriotas, las luchas desesperadas de Atanasio de Carpenisi cerca de Galatz y cerca de Sculeni á orillas del Pruth, y los sacrificios de otros ilustres varones como los de Georgakis y Farmakis en el convento de Sekko, no hicieron mas que aumentar el número de las víctimas. Los jefes de la sublevación pagaron así muy caro el error cometido al elegir los principados danubianos para teatro de sus hazañas en lugar de la Morea, conforme se había proyectado en un principio.

Mas funesta que este cruel descalabro fué para la causa griega la pérdida de las posiciones tomadas en los países del Danubio. Los habitantes de estos países, pertenecientes á otras razas, que hablaban otros idiomas, el rumano y el búlgaro, aprendieron sin embargo que tambien ellos tenían derecho á ser naciones independientes; de suerte que la sangre vertida no quedó estéril y hasta sirvió tambien á la misma causa griega. En efecto, por la nueva actitud de los rumanos y búlgaros el gobierno turco se vió obligado á tener allí una parte mas considerable de sus fuerzas disponibles, facilitando así el levantamiento de la Grecia propiamente dicha, mientras por otra parte volvió á despertarse en el gobierno de Constantinopla el antiguo recelo de los proyectos de la Rusia á pesar de todas las seguridades del emperador Alejandro de no tener nada que ver con la intentona de Ipsilanti. El resultado de todo fué una fermentación creciente en la península griega que finalmente derribó todos los obstáculos y quebró las cadenas que tenían aherrojada á la nación. En diferentes puntos estalló la mina, sin plan ni dirección general; Pedro Mauroicallis bajó de las ásperas montañas del Maina á la cabeza de sus montañeses, indómitos y salvajes. En Patras, el arzobispo Germanos levantó solemnemente el símbolo de la religión cristiana, la cruz, y dió la absolución á los defensores de la libertad. La guerra que empezaron fué de independencia, de razas y de fanatismo religioso; en el espacio de veinte días mataron sin misericordia y aun faltando á la palabra dada, 15,000 turcos; los demás huyeron aterrorizados ó se guarecieron detrás de los muros de Tripolitza. Ante estos, sin embargo, y ante los refuerzos enviados por Churchit-Baja desde su campamento de Janina, se detuvo el torrente de la insurrección. Entonces inspiró nuevo valor á los desanimados Teodoro Colocotronis, hijo de un jefe mainota de cuya familia ningun individuo había fallecido de muerte natural. Era Teodoro Colocotronis, como todos los de su tribu, hombre indomable, astuto como un indio y mas circunspecto y enérgico que Mauroicallis, su jefe nominal, llamado comunmente Petrobei. Había entrado como oficial subalterno en uno de los regimientos que en 1802 formó el gobierno inglés en las islas Jónicas, compuestos de naturales del país, bajo el mando del general inglés Church. Al estallar la revolución griega en 1821, dejó su empleo, que era ya de comandante, y tomó parte en la guerra de la independencia. Pronto trasformó en soldados á los pastores y labradores rudos de su país, rechazó con buen éxito los ataques de los turcos é inspiró nuevos bríos á sus compatriotas. Entretanto estalló otra sublevación en Livadia, en Macedonia, que no logró sofocar completamente toda la energía de Omer-Urionis, segundo de Churchit-Baja. Los griegos de las islas se declararon tambien decididamente por la causa de la libertad, aunque para ellos el yugo turco había sido menos duro que

para sus hermanos del continente y aunque, por otra parte, arriesgaban mucho mas, porque eran mas opulentos y mas felices. Entre todos los griegos cabe, pues, á estos la gloria de haber hecho los mayores sacrificios por la causa nacional, pues su comercio floreciente, su bienestar y la riqueza de sus islas desaparecieron por completo, mientras que ellos, con sus arrojadas empresas marítimas, contribuyeron mas que todos á quebrantar la superioridad militar de los turcos. Los valientes marinos de las islas de Psara, Hydra y Spetse fueron el terror de los turcos en todo el mar, desde las costas de Morea hasta la isla de Rodas; los de Spetse apresaron cerca de Milo dos buques de guerra turcos, un brulote de Psara voló una fragata turca en el puerto de Ereso, y hubo otras muchas hazañas de este género.

Estos sucesos produjeron en Constantinopla una impresión indescriptible, y las ejecuciones de algunos griegos solo sirvieron para aguijonear la sed de venganza del pueblo heleno. En la noche de la Pascua de Resurrección se desfogó á su vez el fanatismo musulmán contra los griegos de la capital. El populacho se apoderó del anciano patriarca Gregorio á tiempo que decía la misa primera en la catedral, y despues de maltratarle cruelmente, le ahorcó, revestido de sus ornamentos episcopales, á la puerta del templo, donde quedó colgado tres días. Al cabo de este tiempo, se dió orden á los judíos de arrastrar el cadáver hasta el mar y arrojarlo á las olas. Horrores semejantes se cometieron y se repitieron en otras ciudades, por manera que no quedó ya esperanza de reconciliación. Las primeras víctimas de las represalias griegas fueron los infelices defensores de Tripolitza, que extenuados por el hambre se vieron obligados á rendirse despues que las fuerzas destinadas á socorrerles fueron rechazadas en el paso de las Termópilas. Mientras duraban todavia las negociaciones para la rendición de la plaza, que por lo demás se hicieron sin las formalidades debidas, los griegos escalaron las murallas y empezaron una matanza que duró tres días. Miles de cadáveres insepultos llenaron la atmósfera con sus emanaciones pestíferas y produjeron entre los vencedores una epidemia espantosa.

La imaginación se aparta horrorizada de las ferocidades en que rivalizaban á porfia turcos y griegos, transformados en fieras por el fanatismo y la sed de venganza, pero sobre este fondo sangriento y horrible se destacan tambien actos de heroísmo y rasgos de grandeza como el mundo no los ha visto mayores y que por lo mismo rivalizan con los ejemplos mas resplandecientes que la historia conserva de la Grecia antigua. Por desgracia no se limitaron los griegos á manchar su causa sagrada con atrocidades sangrientas, con actos de codicia indignos, con estafas y engaños miserables de que el mismo Colocotronis se hizo culpable, sino que con sus discordias, envidias y celos mezquinos no dejaron que medrase ninguno de ellos ni que ninguno llegase á tomar, como jefe supremo y acatado por tal, la dirección general de lo que era comun. Las discordias mas innobles dividieron á los jefes y al pueblo griegos desde el primer día hasta el último de su lucha por la independencia nacional. La llegada de Demetrio Ipsilanti, hermano del desgraciado Alejandro, aumentó en lugar de disminuir las disensiones y odios de partido entre los mainotas y sus jefes. Todos pretendían ser iguales, bien que Colocotronis era el mas notable entre ellos y que pronto se sobrepuso á Demetrio Ipsilanti. La parte civil de la nación griega había encontrado un jefe de talento verdaderamente superior y de patriotismo puro y elevado en el jóven é instruídísimo Alejandro Maurocordatos, ante cuya superioridad positiva no tardó en menguar la autoridad del generalísimo Ipsilanti. Convocóse en Argos una asamblea nacional, compuesta de diputados elegidos unos por el pueblo

y nombrados otros directamente por los jefes y notables de cada distrito; y estos últimos representantes fueron los que dominaron en la asamblea á los pocos días. Por esta razón no encontrándose bien en Argos, en medio de la población de salteadores llamados *deftas* (montaraces) por los mismos griegos, trasladaron sus sesiones á Piadha, pequeña población situada á una legua de la antigua Epidauró, donde en 13 de enero de 1822 proclamaron solemnemente la independencia del pueblo griego. Pero en lugar de nombrar en seguida un dictador de brazo de hierro para proteger la jóven libertad contra sus enemigos exteriores é interiores, confeccionaron una constitución como las que entonces regían en otros países europeos, con el nombre de «Estatuto orgánico de Epidauró» y con su autoridad ejecutiva, cuya presidencia tocó á Maurocordatos.

Entonces fué cuando el general turco Churchit, á quien la muerte del rebelde Ali había devuelto su libertad de acción, se unió con Mahmud, gobernador de Drama, y ambos decidieron acabar con la sublevación de los griegos peninsulares por medio de sus fuerzas terrestres mientras la escuadra atacaba las islas sublevadas, empezando por Chio. Los habitantes de esta isla habían sido casi los últimos en tomar parte en la guerra de la independencia, y despues de pronunciarse en su favor habían omitido toda precaución para defender contra el enemigo su preciosa isla, tan importante por su situación geográfica como por su riqueza natural. Así fué que la escuadra turca se apoderó de ella casi sin esfuerzo. El jefe había prometido á los habitantes una amnistía, pero tan pronto como se vió dueño de la isla olvidó su promesa y ordenó una matanza general que solo acabó cuando á los turcos les faltó la fuerza material, despues de haber dado muerte á 23,000 personas y embarcado 47,000 para ser vendidas como esclavas. De toda la población, que llegaba á 100,000 almas, no quedaron 20,000. Tanta sangre y tanta ferocidad clamaban venganza, y la juraron sobre la sagrada hostia del psariota Canaris y cuarenta y dos compañeros suyos, aunque les hubiese de costar la vida. En efecto, en la noche del 18 de junio, cuando los turcos celebraban la fiesta del Bairam, Canaris acercó su brulote al buque almirante turco, el cual en un instante estuvo envuelto en humo y llamas. Una verga que se desprendió mató al almirante y poco despues estalló el soberbio buque, dando muerte á 3,000 hombres que lo tripulaban. Los atrevidos marinos que lo habían incendiado se salvaron, y llegado que hubieron á su isla, que era la de Psara, fueron en romería descalzos desde la playa á la iglesia para dar gracias al Altísimo, mientras la escuadra turca, aterrorizada, levantaba anclas á toda prisa y regresaba á los Dardanelos. De allí no salió hasta el mes de noviembre, pero Canaris, que vigilaba todos sus movimientos, repitió su hazaña, y el 10 del mismo mes de 1822 incendió el buque del vice-almirante cerca de Tenedos.

Entretanto Churchit estaba detenido con sus fuerzas por los suliotas, que en sus montañas escabrosas parecían inexpugnables, pero que viéndose cada día mas acosados, pidieron auxilio. Maurocordatos tuvo por desgracia la ambición de ser tambien gran capitán, para lo cual le faltaban las cualidades mas necesarias, y acudió en persona al socorro de los apurados montañeses. Llevóse el cuerpo de voluntarios extranjeros, mandado por el wurtemburgués Normann, y el batallón Tarella, el único instruido á la europea; pero aquel y este fueron cortados por culpa de Gogos, comandante de Arta, y acuchillados el 16 de julio cerca de Peta despues de una lucha heroica contra fuerzas superiores. Entonces no quedó ya mas recurso á los valientes suliotas que abandonar su patria por segunda vez y refugiarse en la vecina isla de Corfú; pero gracias á su prolongada resistencia Maurocorda-

tos y Marcos Botzaris conservaron á Misolonghi. Mahmud, el gobernador de Drama, quiso pasar con sus fuerzas el istmo de Corinto para favorecer las operaciones de Churchit, pero llegado que hubo á Argos detúvose ante la fortaleza de Larisa, á la cual puso sitio, y con esto dió á Colocotronis, que había olvidado todas sus rencillas, el tiempo necesario para ocupar todos los desfiladeros con su sobrino Nicitas, llamado *Tragaturcos*. Cuando Mahmud levantó el sitio de Larisa cayeron los dos patriotas sobre él y destruyeron casi todo su ejército. Churchit, al saber el desastre, temió el castigo y se envenenó.

Al año siguiente el sultán envió otro nuevo ejército para someter á los griegos, pero tampoco pudo lograrlo, pues se estrelló ante las fortificaciones de tierra de Anatólico, defendidas por el inglés Martin y 600 hombres. El ejército turco, en mal estado, tuvo que regresar al Epiro. Los griegos perdieron á su héroe mas admirado y mas popular, el noble Marcos Botzaris, que murió en una sorpresa nocturna de la vanguardia enemiga cerca de Carpenisi, en 20 de agosto de 1823 (1).

Difícil es decidir á quién atribuir el resultado negativo de la expedición turca contra la Morea, si al valor de los griegos ó á la dirección pésima de las fuerzas turcas; lo cierto es que en aquel mal éxito no tuvo parte alguna la dirección superior de los griegos, porque toda la guerra se redujo por parte de estos, desde el principio al fin, por tierra y por mar, á sorpresas y acometidas sin plan ordenado. Los griegos supieron la falta de dirección estratégica con su valor irresistible y con su inconcebible resistencia á todas las fatigas y privaciones. Por desgracia la retirada de las fuerzas turcas ensobreció como siempre á los jefes militares griegos, tanto que resultaron nuevas disensiones y divergencias entre ellos. El gobierno supremo constitucional tuvo que aguantar del indomable Colocotronis todas las insolencias que le plugo dirigirle, y cuando en la nueva asamblea nacional que se convocó resultó otra vez en mayoría el elemento civil, contra todo lo que se había esperado, llegó al paroxismo el furor del viejo clefta, y unido con el feroz mainota Pedro Mauroicallis nombró un poder ejecutivo faccioso. La asamblea legislativa había ya huido á Argos, y expulsada tambien de allí por los mainotas, se estableció en Cranidhi, donde declaró ilegal y destituida á aquella junta ejecutiva y nombró otra en su lugar presidida por Conduriotis, pero cuya alma fué el astuto Colettis. De esto resultó una guerra abierta entre los dos partidos, guerra que concluyó en junio de 1824. Entonces Colocotronis y sus amigos se sometieron para tomar su parte del empréstito que los amigos de los griegos habían realizado en Inglaterra por valor de 800,000 libras esterlinas nominales, que en realidad se redujeron á 300,000 libras efectivas. Colocotronis volvió á sublevarse, esta vez con Maurocordatos, pero esta nueva facción fué vencida pronto con tanta habilidad como energía. El viejo Colocotronis, perseguido en su retirada á Caritena, tuvo que rendirse y fué encerrado en un convento en la isla de Hydra. El jefe Odiseo de Itaca, que se había pasado á los turcos porque sus paisanos no le habían recompensado como él pretendía merecerlo, fué hecho prisionero en abril de 1825 y encerrado en la Acrópolis de Atenas, y pocas semanas despues fué encontrado ahorcado al pié del castillo.

(1) En la noche del 19 al 20 de agosto de 1823 introdujose Botzaris sigilosamente con 250 hombres resueltos en el campamento turco, donde mató por su propia mano al general Mustafá, gobernador de Scutari, y á su sobrino; los 250 hombres hicieron entre los turcos una matanza horrorosa mientras sus compañeros atacaban el campamento por fuera; pero entretanto murió en la lucha Botzaris. Habría podido salvarse si no se hubiera dado á conocer gritando:—¡Yo soy Marcos Botzaris!—Su hijo Constantino, digno de tal padre, vengó su muerte.

Mientras los griegos se destrozaban entre sí, aproximóse un nuevo peligro, mas formidable y aterrador que todos los que habían pasado. El poderosísimo gobernador de Egipto, Mehemet Alí, obedeciendo á la voz del sultan, hizo sus preparativos para una expedición contra los griegos. Este hombre célebre (1) nació en 1769 en Cavala, en Macedonia, donde su padre era jefe de la policía urbana. Nombrado en 1787 oficial de la milicia irregular, sin perjuicio de su comercio de tabaco, fué agregado al contingente turco des-

tinado al Egipto, á las órdenes del gobernador Khosrev, cuando en 1798 realizó Napoleón su famosa expedición á este país. En esta campaña subió Mehemet Alí primeramente á jefe del cuerpo de arnautas; luego con el auxilio de este á gobernador del Egipto, y finalmente, en 1811, con la iniqua matanza de los mamelucos, á dueño casi independiente y déspota del país. Entonces creó un ejército indígena organizado é instruido al estilo europeo y compuesto de noventa mil hombres y una armada regular, con los cuales conquistó



Canaris incendia cerca de Chesme tres navios turcos.

Copia de una pintura mural hecha por Pedro Hess en los pórticos del jardín real de Munich

los territorios africanos vecinos y una parte de la Arabia. Con esto no tardó en hacerse propietario del suelo, fabricante y comerciante único de su territorio, y con su energía, práctica y genio emprendedor llegó á hacer subir la exportación anual de los productos egipcios hasta la suma de doce millones de florines, cuando antes de él, en tiempo de los mamelucos, no podían estos arbitrar el tributo que habían de pagar á Constantinopla. El sultan, al cual empezaba á inquietar el poderío excesivo de este vasallo, le tenía preparada la misma suerte que había cabido á Alí de Janina, en

(1) Mouriez, *Histoire de Mehemet Ali*, 1855-1858. — Prokesch-Osten, *Mehemet Ali*, 1877 (obra alemana).

cuya idea le apoyaba su principal consejero Khosrev, el antiguo gobernador de Macedonia y protector de Mehemet Alí cuando quedó huérfano por la temprana muerte de su padre; pero antes querían ambos utilizar sus servicios y su poderío para vencer á los griegos.

Mehemet Alí se mostró dispuesto á reducirlos á la obediencia en cambio de las islas de Chipre y de Candía, que codiciaba desde mucho tiempo y que se habían pronunciado también en favor de la causa griega. Accedió el sultan á su deseo, y entonces Hasan, yerno de Mehemet Alí, se arrojó con tanta furia sobre Candía, donde los turcos solo se sostenían en las tres plazas marítimas de la costa septentrional, que pronto se enseñoreó de toda ella, matando, incendiando

y destruyendo todo lo que era griego, mientras los griegos de Morea se destrozaban entre sí, sin cuidarse de la suerte de sus hermanos de las islas. Para formarse una idea de las atrocidades cometidas por las tropas egipcias en Candía bastan los dos hechos siguientes: Habíanse ocultado en una cueva cerca de Melidoni trescientos setenta fugitivos y fueron asfixiados con el humo de grandes hogueras que los turcos encendieron á la entrada; de dos mil prisioneros que habían hecho en Melato, sacaron las mujeres de mas edad é hicieron que las pisotearan sus caballos hasta que murieran; las jóvenes fueron vendidas por esclavas, los sacerdotes quemados vivos y el resto del pueblo acuchillado. Toda la tierra de labor y las cosechas fueron asoladas y destruidas.

Una suerte igual cupo á la isla de Psara ó Ipsara, donde desembarcó Khosrev; pero los habitantes cegaron el puerto con piedras y cuando ya no pudieron resistir por mas tiempo se encerraron en su último fuerte, llamado Paleocastro, con sus mujeres é hijos y dos mil turcos, y volaron la fortaleza, muriendo todos. Los habitantes que habían logrado huir fundaron la ciudad de Hermópolis, en la isla de Sira, que no tardó en ser la primera plaza marítima de la nueva Grecia. Psara quedó reducida á madriguera de piratas.

Después de estos horribles preludios tocó el turno á la Morea. Con este objeto se reunieron en la bahía de Budrun, en setiembre de 1824, la escuadra turca, mandada por Khosrev, y la egipcia, á las órdenes de Ibrahim, hijastro de Mehemet Alí. Un viejo marino de Hidra, llamado Miaulis (1), natural de Negroponto, había subido desde simple marinero á opulento comerciante de trigo, y habiéndose establecido en Hidra y llegado á ser propietario de muchos buques, declaróse en 1821 por la causa griega y pronto fué nombrado almirante de las fuerzas marítimas de su nación. Este valiente no había podido acudir á tiempo para salvar la isla de Psara, pero en cambio penetró, con un arrojo sin ejemplo, en la bahía de Budrun para incendiar las dos escuadras enemigas. Khosrev temiendo á sus brulotes y además disgustado de Ibrahim, se retiró con sus buques á los Dardanelos, é Ibrahim se ocultó con los suyos detrás de Rodas en lugar de pasar á Candía. Poco después pasó allá, en efecto, aprovechando la negligencia de los griegos, y una vez en la isla continuó con actividad febril sus armamentos para apoderarse en la primavera inmediata de la Morea, de la cual el sultan le había nombrado ya con anticipación gobernador general. En febrero de 1825 se presentó súbitamente con grandes fuerzas en las costas de Mesenia y se apoderó de las plazas y puertos de Navarino, Modon y Coron, que debían servir de base de sus operaciones posteriores. Los griegos quedaron estupefactos; su gobierno no supo hacer nada mas que devolver la libertad á Colocotronis y nombrarle generalísimo, á petición del pueblo, que veía en él su salvador. Miaulis, el almirante, penetró en el puerto de Navarino é incendió veinte buques egipcios; pero todo esto no impidió que Ibrahim, á fines de setiembre, se hiciese dueño de toda la Morea con excepción de las regiones montuosas é inaccesibles, y además de Nauplia y de algunas otras plazas marítimas. Mayores resultados habría obtenido si la escuadra turca le hubiese auxiliado como estaba convenido y no se hizo por celos del gobierno; pero á fin de que tampoco fuera toda la gloria para los egipcios, el sultan envió al seraskier Reschid-Bajá con veinte mil hombres contra Misolonghi con esta instrucción lacónica: «Misolonghi ó tu cabeza.» Esta plaza, entretanto, había sido fortificada con nuevas obras de defensa y pertrechada de víveres y municiones, siendo su

(1) Llamábase Andrés Vocos, (a) *Miaulis* (faluchero), por los muchos faluchos que poseía. Miaul es voz turca.

comandante Noto Botzaris, tío de Marcos, que disponía de cuatro mil hombres. Todas las miradas estaban fijadas en esta plaza. Lord Byron abandonó sus placeres en Italia y voló á la ciudad sitiada, donde ayudó en cuanto pudo, aconsejó, entusiasmó, y en medio de esta actividad murió el 19 de abril por efecto de los miasmas deletéreos de aquella atmósfera. Ocho meses duraba ya el sitio, sin resultado alguno, cuando el sultan, aunque con profundo pesar y repugnancia, resolvió acudir á Ibrahim para solicitar su auxilio. Accedió el egipcio diciendo, para mayor humillación del sultan, que tomaría la plaza en quince días, pero no tardó en convenirse, cuando hubo llegado delante de ella, que la empresa no era tan fácil, y si el gobierno griego, ó sea la junta ejecutiva, presidida por Conduriotis, no hubiese continuado en su punible inactividad en lugar de hacer todo lo posible para auxiliar la plaza sitiada, y si los marinos de Hidra y Spete hubiesen atacado á la escuadra turca en lugar de dedicarse á la piratería, jamás habría caído aquel baluarte y los enemigos habrían tenido que retirarse cabizbajos como tres años antes. Pero nada de esto se hizo; el hambre y la epidemia diezaban á los habitantes y la fuerza de los defensores estaba agotada. En la noche del 22 de abril de 1826 salieron de la plaza tres mil hombres y cinco mil mujeres para abrirse paso por medio de los sitiadores, pero estos, avisados por algun traidor, estuvieron alerta, y de los ocho mil desgraciados solo llegaron á Salona mil trescientos, entre ellos siete mujeres. Los que quedaron en la ciudad dejaron que entrara el enemigo, y cuando estuvo dentro volaron la plaza y quedaron sepultados con dos mil trescientos egipcios bajo sus ruinas. Desde entonces figura en la historia el nombre de Misolonghi al lado de los de Sagunto y Numancia.

La Grecia occidental estaba perdida, y en la oriental solo resistía la Acrópolis de Atenas, defendida por Guras, y después de su muerte, en 12 de octubre de 1826, por su viuda, hasta que en enero del año siguiente la mató una piedra arrojada desde el tejado del Erecteo. Caraiscakis, que después de observar una conducta muy ambigua y vacilante, se mostró patriota fiel y el mejor capitán de toda la guerra de la independencia, habría salvado seguramente la Acrópolis, pero al preparar un ataque á los sitiadores, el 5 de mayo de 1827, le mató una bala enemiga en una escaramuza de avanzadas. La consecuencia de esta desgracia fué primeramente una derrota como los griegos no habían sufrido otra tan terrible en toda la guerra, y luego, al cabo de un mes, la rendición de la Acrópolis. Reschid cumplió las condiciones de la capitulación con una fidelidad que hasta entonces nunca habían observado los griegos. Con otro golpe como este Reschid-Bajá habría acabado acaso para siempre con la insurrección griega, pero no quiso darlo para no favorecer á su rival el egipcio Ibrahim, al cual apenas había quedado la tercera parte de los 24,000 hombres que había desembarcado con él, y rechazado dos veces con grandes pérdidas del escarpado distrito del Maina, se entretenía en devastar su futuro bajalato. Aun así pareció condenada la causa de los griegos, entre los cuales reinaba la anarquía mas lamentable. Cuanto mas desgraciado era el éxito de sus operaciones militares menos era obedecido el gobierno, ni aun cuando un hombre tan capaz y patriota como Zaimis estuvo á su cabeza. Basta decir que el gobierno hubo de abandonar á Nauplia y huir á Egina porque los soldados indisciplinados de las guarniciones de los dos fuertes que defendían la ciudad combatieron entre sí á cañonazos y causaron el incendio de la plaza.

Los buenos patriotas esperaban en vano que la suerte les enviara un salvador; pero de las filas griegas no salió ningún Cromwell ni Napoleón, ni ningún Washington ni Bolívar